LA NOVELA
TEATRAL

Ricardo Calvo

10 cts.

LA GENERALA

Opereta
en dos actos

Perrín y Palacios

Año III Madrid, 25 de Agosto de 1918 Núm. 89

LA NOVELA TEATRAL

Complemento de LA NOVELA CORTA

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUÍA

Para que el lector juzgue la importancia de esta Revista, transcribimos a continuación la lista de

OBRAS PUBLICADAS

1 TRATA DE BLANCAS.—Felipe Trigo.
2 LA SOBRINA DEL CURA.—C. Arniches.
3 **EL MISTICO.—Santiago Rusiñol.**
4 LOS SEMIDIOSES.—Federico Oliver.
5 LAS CACATUAS.—Casero y G. Alvarez.
6 EL LOBO.—Joaquín Dicenta.
7 CHARITO LA SAMARITANA.—Torres del Alamo y Asenjo.
8 **EL VERDUGO DE SEVILLA.—García Alvarez y Muñoz Seca.**
9 TODOS SOMOS UNOS.—J. Benavente.
10 EL REY GALAOR.—F. Villaespesa.
11 LA CASA DE QUIROS.—C. Arniches.
12 FUCAR XXI.—Muñoz Seca, García Alvarez y Perez Fernández.
13 **EL RIO DE ORO.—Paso y Abati.**
14 SOBREVIVIRSE.—Joaquín Dicenta.
15 ALMA DE DIOS.—Arniches y García Alvarez.
16 **EL CARDENAL.—L. Rivas y Reparaz.**
17 EL POBRE VALBUENA.—Arniches y García y Alvarez.
18 EL HOMBRE QUE ASESINO.—Traducción de Antonio Palomero.
19 LAS ESTRELLAS.—Carlos Arniches.
20 DOLORETES.—Carlos Arniches.
21 **LA SEÑORITA DE TREVLEZ—Carlos Arniches.**
22 SERAFINA LA RUBIALES.—Torres del Alamo y Asenjo.
23 ABEN-HUMEYA—Francisco Villaespesa
24 EL SEÑOR FEUDAL.—Joaquín Dicenta.
25 **LA ETERNA VICTIMA.—F. Trigo.**
26 JIMMY SAMSON.—Traducción de José Ignacio de Alberti.
27 LOPEZ DE CORIA.—Muñoz Seca y Pérez Fernández.
28 LA GIOCONDA.—G. d'Annunzio. Traducción de Francisco Villaespesa.
29 **PRIMAVERA EN OTOÑO.—Martinez Sierra.**
30 EL CRIMEN DE AYER—Joaquín Dicenta.
31 EL MISTERIO DEL CUARTO AMARILLO.—Traducción de Gil Parrado.
32 FRANCFORT.—Vital Aza.
33 LA REBOTICA.—Vital Aza
34 **LA FRESCURA DE LAFUENTE.—García Alvarez y Muñoz Seca.**
35 PRIMEROSE.—Traducción de Jose Ignacio de Alberti.
36 CIENCIAS EXACTAS.—Vital Aza.
37 Doña María de Padilla.—F. Villaespesa.
38 **RAFFLES—Traducción A Palomero.**
39 LA PRAVIANA.—Vital Aza.
40 EL GRAN TACAÑO.—Paso y Abati.
41 MIRANDOLINA.—Cristobal de Castro.
42 **GENIO Y FIGURA.—Arniches, Abati, Paso y García Alvarez.**
43 LA GENTUZA.—Carlos Arniches.
44 LA VIEJECITA.—Miguel Echegaray.
45 PARADA Y FONDA.—Vital Aza.
46 LA ALEGRIA DE LA HUERTA.—Paso y García Alvarez.
47 **PETIT-CAFE.—Tristan Bernard.**
48 LOS NOVELEROS.—Edmond Rostand.
49 **ELECTRA.—Benito Perez Galdos.**
50 TIQUIS MIQUIS.—Vital Aza.
51 **EL ULTIMO BRAVO.—G. Alvarez y Muñoz Seca.**
52 LA MARCHA DE CADIZ.—García Alvarez y Lucio.
53 **DOÑA PERFECTA.—Benito Perez Galdós.**
54 LA TIZONA.—Godoy y Alarcón.—
55 MIQUETTE Y SU MAMA.—Robert y Callivet.
56 **LOS CUATRO ROBINSONES.—Muñoz Seca y García Alvarez.**
57 LOS GEMELOS.—Tristan Bernad.
58 **LA LOCA DE LA CASA.—Benito Perez Galdós.**
59 GIGANTES Y CABEZUDOS.—Miguel Echegaray.
60 **DANIEL.—Joaquín Dicenta.**
61 EL CHICO DEL CAFETIN.—Torres del Alamo y Asenjo.
62 **REALIDAD.—Benito Pérez Galdos.**
63 LA SALA DE ARMAS.—Vital Aza.
64 **PASTOR Y BORREGO.—García Alvarez y Muñoz Seca.**
65 LA LEONA DE CASTILLA.—Francisco Villaespesa.
66 **DOÑA CLARINES.—Alvarez Quintero.**
67 LA NOCHE DE REYES—Carlos Arniches.
68 LOS CADETES DE LA REINA.—Julián Moyrón.
69 **AMOR DE ARTISTAS.—Joaquín Dicenta.**
70 EL TERRIBLE PEREZ.—Arniches y García Alvarez.
71 **EL PATIO.—Alvarez Quintero.**
72 LA TEMPRANICA.—Julian Romea.
73 **TRAMPA Y CARTON.—Muñoz Seca y Pérez Fernández.**
74 LA CORTE DE FARAON.—Perrin y Palacios.
75 **LA ESCONDIDA SENDA.—Alvarez Quintero.**
76 EL DUO DE LA AFRICANA—Echegaray
77 **AURORA.—Joaquín Dicenta.**
78 EL FRESCO DE GOYA.—Arniches y García Alvarez.
79 **EL NIÑO JUDIO.—G. Alvarez y Paso**
80 LA MANTA ZAMORANA.—Perrin y Palacios.
81 PEDRO JIMENEZ.—Perrin y Palacios.
82 **LA DE SAN QUINTIN—Perez Galdos.**
83 EL METODO GORRITZ.—Arniches y García Alvarez.
84 **EL NOVENO MANDAMIENTO.—Ramos Carrión.**
85 LA BALSA DE ACEITE—Sinesio Delgado
86 **LA TEMPESTAD—Ramos Carrión.**
87 EL CUARTETO PONS.—Arniches y García Alvarez.

PAPEL DE LA PAPELERA ESPAÑOLA

LA GENERALA

OPERETA CÓMICA EN DOS ACTOS Y EN PROSA, ORIGINAL DE

Perrín y Palacios

PERSONAJES

BERTA DE TOCATECA.—LA PRINCESA OLGA.—LA REINA EVA.—ANA.—ISABEL.—MARIA.-NATALIA.-LAURA.-ALDEANA 1.ª-CIRILO II.-EL PRINCIPE PIO.-EL GENERAL TOCATECA.-CLODOMIRO V.-EL DUQUE DE SISA.-UN CORONEL.-UN CAPITAN.-GUANAJATO.-DAGOBERTO.-JORGE.-CRALOS.

Oficiales, damas, mayordomos, palafreneros, camareros, lacayos, ayudantes, aldeanos, servidumbre del General y coro de ambos sexos.

ACTO PRIMERO

Gran terraza en los jardines de un Palacio-Castillo en Oxford (Inglaterra). Al fondo balaustrada de mármol, con salida ancha central al parque. En los dos lados de la terraza, derecha e izquierda, dos alas completamente iguales del edificio Palacio-Castillo con ventanas y balcones figurados. Portalones centrales practicables que dan acceso a la terraza uno en cada ala del edificio y que les sirve de entrada al interior Sillas y sillones de mimbre elegantes. Seis u ocho mesitas de mimbre para servicio de té. (Luz de la tarde). Al levantarse el telón aparecen un coronel y un capitán y oficiales con trajes del 42 Regimiento de Highlanders, ingleses. y el Duque de Sisa, Frac negro. (Tipo de cortesano viejo.) (MÚSICA)

COR. CAP. OFIC.
(Al Duque.) Para presentarse
a Su Majestad
pide vuestra venia
la oficialidad...
del Regimiento cuarenta y dos
que desde el año noventa y tres
con una inmensa satisfacción
se honra llamándole coronel.

DUQ. Haré presente al soberano
vuestra rendida petición,
mas como vive en el destierro
no sé si aceptará la recepción.
(Mirando.) Pero el Monarca
viene hacia acá.

COR.) (Levantando la mano derecha.)
CAP.) ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!
OFIC.) por Su Majestad!

Dichos y Cirilo II, Traje correcto de americana. Anciano majestuoso pero alegre.)

CIR. ¡Salud, amigos míos!
(Abrazando.) ¡Mi bravo coronel!
Perdida mi corona,
perdí tambien...
el alto honor de ser jefe honorario
del bravo regimiento
y mi sentimiento
es extraordinario.
Pero os llevo a todos
en el corazón
y vuestra visita
me llena de emoción.

COR. Nunca ha de olvidaros
la oficialidad.

CAP. De Cirilo de Molavia
el recuerdo quedará.

CIR. ¡Quién de un rey cesante,
quién se acordará!

OFI. De Cirilo segundo el recuerdo
no se borrará! (Avanzan.)

TOD. En la explanada del cuartel
el regimiento en formación
firme aguardaba al coronel
que iba a tomar la posesión.
Brillan al sol nuestros colores,
brillan también las bayonetas,
suenan redobles de tambores,
vibran al aire las cornetas,
suenan los toques de atención,
el coronel se acerca ya,
los oficiales dan la voz
firmes, presente, armas... arm!

CIR. (Como revistando el batallón.)
Y yo me presenté
y el cuerpo revisté...
y saludando a la bandera
marcial y apuesto me cuadré.
¡Oh, qué momento emocionante!
De un regimiento tan brillante
la jefatura es un honor.
¡El mayor! ¡El mejor! ¡Si señor!

TOD. ¡Oh, qué magnífico momento!
Entusiasmado el regimiento
al recibir tan grande honor
sintió un placer conmovedor

CIR. y DUQ. ¡El mayor! ¡El mejor! ¡Si señor!

TOD. Y resonaron de la banda
notas alegres militares
y al saludar al nuevo jefe
el claro sol brilló en los sables.

Y el regimiento desfiló
por la explanada del cuartel
y entusiasmado repitió
a su consigna siempre fiel.
¡Hurra! ¡Hurra ¡Hurra!
por su coronel!

HABLADO

COR.—Señor: Interpretando los sentimientos de toda la oficialidad del 42 Regimiento de Highlanders, de guarnición en Oxford, tengo el honor de manifestaros el profundo disgusto que nos ha ocasionado vuestro destronamiento y al par la inmensa satisfacción que nos produce el que hayáis escogido como lugar para vuestro destierro este Condado de la Gran Bretaña.

CIR.—Señores oficiales: Acepto conmovido la expresión de vuestro pesar y al mismo tiempo me felicito y me congratulo de verme entre vosotros en este bello Condado de Inglaterra que acoge en su seno los restos oficiales de Cirilo II, ex-rey de Molavia. Y doy por terminado, con estas palabras, el acto oficial. Amigos míos: Aquí ya no hay ni rey ni nada... Todos somos unos.

CA.P—Señor: Quisiéramos ofrecer nuestros respetos a vuestra egregia esposa la reina Eva y a vuestro amado hijo el príncipe Pío.

CIR. Mi Pío, no está. Ha ido a jugar un partido de *Tennis*. La reina está en sus habitaciones. Pasad, amigos míos. Pasad.

CAP.—Con vuestra licencia.

CIR.—Duque de Sisa... Introduce a estos señores. Quedaos Coronel.

COR.—A vuestras órdenes. (El Capitán y los Oficiales salen.)

CIR.—Sentaos. *¡Vanitas vanitatus et omnia vanitas!* mi querido coronel.

COR.—¿Cómo, señor?

CIR.—(Aparte.) No sabe latín. Quiero decir... que vanidad de vanidades y todo vanidad. Ayer, como quien dice, es decir, hace tres meses, ocupaba yo el trono de mis mayores. Habitaba mi palacio de Molavia. Tenía la consideración de todos mis súbditos.

COR.—¿De todos?

CIR.—De todos, precisamente, no, porque si no, no me hubieran destronado. Tenía la consideración de las clases conservadoras y sobre todo de la nobleza que se agrupaba en torno mío para defenderme, pero las llamadas ideas progresivas, minaron los cerebros del pueblo y para qué voy a contaros el proceso de la revolución. Os diré que estalló cuando menos lo pensaba, y, en una palabra, me echaron.

COR.—¿Pero y la nobleza?

CIR.—Al sonar los primeros cañonazos, no se portaron tan noblemente como era de esperar.

COR.—Siempre pasa lo mismo,

CIR.—Me dejaron solo con Eva y con Pio y tuvimos que salir disfrazados de mi corte, y yo, Cirilo II tuve que salir en segunda y en un tren mixto que nos condujo a Inglaterra.

COR.—¡Qué dolor!

CIR.—Es verdad. Los asientos no eran muy blandos. (Pausa.) A mi llegada mi primo Ednardo me cedió este castillo, me entregó liberal un puñado de libras porque yo no traía ni un cuarterón siquiera, y aquí me tenéis en el destierro devorando el pan de la emigración.

COR.—¡Qué pena!

CIR.—Aquí me tenéis pensando en el porvenir de ese joven príncipe...¡Qué va a ser de mi pobre Pío! El que estaba llamado a regir los destinos de Molavia, quién sabe si algún día cuando yo baje a la tumba tendrá que agarrarse a lo que le salga.

COR.—Señor; no veais el porvenir tan negro. Permitidme que os diga... que alguna alianza... algún matrimonio con una princesa de la sangre... podría asegurar el porvenir.

CIR.—Sí... ya he pensado en ello.

COR.—Príncipe consorte no es tan mala posición.

CIR.—Coronel... cuando no hay otra cosa...

COR.—¿Pero no se agita en vuestro pueblo la idea, el deseo de vuestra restauración?

CIR.—No me hago ilusiones. Cuando a uno lo echan de la manera que a mí me echaron, la cosa no tiene vuelta de hoja. (Se levanta y el Coronel lo mismo.)

COR.—Señor: si me lo permitís, pasaré a saludar a su Majestad la reina.

CIR.—Os lo permito, Coronel. Pero aguardad, iré con vos. Saludaréis a esa mártir. (Vanse por la izquierda.)

Aparecen Ana, Isabel, María, Natalia y Laura. Inglesas con trajes del juego de Tennis. El príncipe Pío, Jorge y Carlos los tres con trajes del citado juego. Dagoberto.

PIO. Os invito, amigos míos,
a una copa de champagne
que después del Tennis
nos entonará.
Pasad a la terraza
que aquí nos servirán. (Entran.)

TOD. Muchas gracias, príncipe,
no nos vendrá mal.

PIO. Dagoberto, pronto
sirve aquí el champagne
que venimos fatigados
y cansados de jugar.

TODOS. Buena partida.

PIO. Preciosa fué.

ELLAS. Carlos y Jorge
juegan muy bien.

PIO. ¿A que no sabéis, amigos,
en qué pienso en este instante?
Pues estoy pensando en que
el destierro es agradable.
Era yo en mi corte
no más que un esclavo,
por los palaciegos
siempre rodeado.
No me permitían
salir nunca solo,
se me criticaba
si jugaba al polo.
Si remaba, si pescaba,
y hasta si era cazador...
y mi vida no era vida
y ahora estoy mucho mejor.
Tengo libertad
de entrar y salir
y ahora siento la alegría
la alegría del vivir.

TODOS. Tiene libertad
de entrar y salir
y ahora siente la alegría
la alegría del vivir.

PIO. Siempre allí tenía
que estar grave y serio
y muy estirado
y rígido y tieso.
No me permitían
mirar a las bellas
y eso que mis ojos
se iban tras de ellas.
Y yo estaba que rabiaba
abrasándome de amor...
y mi vida no era vida
y ahora estoy mucho mejor.
Libertad yo tengo
de salir y entrar
y ahora siento la alegría
de vivir y enamorar.

TODOS. Libertad él tiene
de salir y entrar
y ahora siente la alegría
de vivir y enamorar.
Los cetros, los tronos,
las regias coronas
no dan la ventura
ni tienen valor.
Las dichas más ciertas
que tiene la vida
las dan en el mundo
libertad y amor.

HABLADO

DAG.—(Sale Dagoberto con los camareros.) ¡Alteza! El champagne.

PIO.—(Bebiendo una copa.) Hagámosle honor.

CARL.—Pero nada de brindis.

JORGE.—De ninguna manera.

PIO.—Bebed...Los franceses en este vino tienen el secreto de la vida.

NAT.—¿Es verdad, príncipe?

CARL.—Es el vino que vuelve locas a las mujere[illegible]

ISAB.—¿De veras?

PIO.—Sí, encantadora Isabel; una copa de [illegible] a tiempo, convence a la más desdeñosa.

JORGE.—Y la enciende en amores.

ANA.—Cuidado, Jorge, que no estais [illegible]

MARÍA.—¿Tanta fuerza tie[illegible] ese [illegible]

LAURA.—Eso dicen.

PÍO.—Y tienen razón; porque el Champagne, amigas mías, es el vino del diablo. En sus espumas arde la tentación. (Todas ríen.)

Dichos y el Duque, Coronel, Capitán y Oficiales, por la izquierda.

DUQ.—¡Oh! El príncipe. (A los Oficiales.) Señores, aquí está Su Alteza.

COR.—Señor: Después de haber saludado a vuestros augustos padres, te pemos el honor de ofreceros nuestros respetos.

PÍO.-(Dándoles la mano.) Gracias, Coronel...Capitán...Mucho gusto, señores.

ANA.—Príncipe... con vuestra venia nos retiramos.

PÍO.—Sí... pero hasta pronto.

NAT.—Hasta la hora del té.

CARL.—Como todas las tardes.

LAURA.—Hasta luego... (Hacen una ceremonia y vanse por el jardín ellas y ellos.)

PÍO.—(A los Oficiales.) Señores, tengo mucho gusto en invitaros también.

DUQ.—Ya vuestro padre lo hizo.

PÍO.—Hasta después. Voy a descansar. Hemos estado jugando al tennis y...

CAP.—Higiénico deporte.

COR.—Con permiso de Vuestra Alteza nos retiramos. (Vanse jardín.)

PÍO.—Adiós, señores. (Al Duque.) ¿Estos son los oficiales del regimiento de Highlanders, de que era coronel honorario mi padre?

DUQ.—Ciertamente.

CIR.—(Entrando.) ¿Ya de vuelta, querido Pío?

PÍO.—Hola, papá.

EVA.—¿Te has divertido, hijo mío?

PÍO.-Sí, mamá: Y con vuestro permiso voy a cambiar de traje y a descansar.

EVA.—No, aguarda. (Se sienta.)

CIR.—Tenemos que hablar.

DUQ.—Señor... Si no me mandáis nada.

CIR.—No... Sisa... quédate.

EVA.—Tú eres de confianza.

CIR.—Como de la familia. (Se sientan.)

PÍO.—¿Vosotros diréis de qué se trata?

LAURA.—Siéntate. (Se sienta el Príncipe y el Duque permanece de pie.)

PÍO.—Vamos a ver.

EVA.-Amado hijo.No se te ocultará que la situación que atravesamos es difícil.

CIR.—Y que el camino de la vida que aún tenemos que recorrer está eri zado de espinas.

EVA.—Estamos destronados.

CIR.—Estamos arruinados. ¿No es eso, duque?

DUQ.—Eso es... señor.

EVA.—Volver a nuestra patria es imposible.

CIR.—No quieren ni vernos. Ya me han borrado hasta de los sellos.

DUQ.—Y ya se ha dado la orden de recoger la moneda con vuestro busto.

PÍO.—¿Y por qué no nos la mandan a nosotros, que nos hace mucha falta?

EVA.—Calla y escucha. No podemos seguir así. Tu padre y el rey ha tenido que rebajarse, hasta el extremo de pedir dinero prestado a varios primos nuestros, testas coronadas.

CIR.—Sí, hijo mío; Cirilo II ha dado sablazos, como dicen en España.

EVA.—Tú, Pío, no piensas más que en divertirte.

CIR.—Es tu único pío.

EVA.—Y nosotros, tus augustos padres, debemos aconsejarte que pienses en algo serio.

PÍO.—¿Pero qué queréis que haga?

CIR.—Que dejes lo hípico, lo cinegético y sobre todo las pelotitas.

PÍO.—Bueno. Pues ya está dejado todo. ¿Qué hago? ¿A qué me dedico, si no me han enseñado otra cosa?

EVA.—Hijo mío. ¿Tú no has pensado nunca en casarte?

CIR.—Porque puedes dedicarte a marido.
PÍO.—Pues no había pensado en eso.
EVA—Pero nosotros lo hemos pensado por tí.
PÍO—Para casarse lo primero que se necesita es tener novia, y yo no la tengo, y según decís, yo no puedo casarme con una cualquiera.
EVA—Naturalmente. Pero todo está previsto.
CIR.—Eso es... todo. Duque. Tráete el album de postales de Princesas reales disponibles.
DUQ.—Al momento, señor. (Saluda y vase y vuelve a salir cuando se indique.)
PÍO—Bueno... ¿Y si no me gusta ninguna?
CIR—Los príncipes se casan, aunque no les guste la señora. A mí tampoco me gustaba tu madre y...
EVA—¡Cirilo!...
CIR.—Mujer, he dicho esto como ejemplo, para convencerle de que la razón de Estado...Pero la prueba de que me gustaste es que estamos hablando con él.
DUQ.—(Saliendo.) Señor... El álbum.
EVA—Venga. Aquí puedes escoger, hijo mío.
PÍO—Bueno.
EVA—(Pasando una hoja.) La Princesa Chin-Chun-Changa.
CIR.—China.
PÍO—¿Pero me vais a casar con una china?
CIR—Pasa... Pero menos da una piedra.
EVA—Aquí tienes a la Princesa Clotilde de Cranovia. No mal parecida. Modelo de virtudes.
CIR.-Eva, no continúes. ¿No te acuerdas que se escapó con un pianista ruso?
DUQ.—Muy serio.) Buena jugada la del pianista.
EVA—Esta... esta.
PÍO—¿A ver?
CIR—¿Quién es?
EVA—Catalina de Bulamber... sobrina del Rey de Botavia.
CIR.—Ah... Sí. Pero no nos conviene.
PIO—Pues no es fea.
CIR.—Pasa, pasa, que este retrato es de hace treinta y dos años.
EVA—Mira... Mira. María Enriqueta de Singalia. La heredera del reino fronterizo al nuestro. Es una paloma sin hiel.
CIR.—Sí... Sí... Pero me parece que va a salir volando pronto con toda su familia, porque los van a echar como a nosotros. Esto viene por rachas dudosa... No conviene.
PÍO—Y esta, ¿quién es, mamá?
EVA—¡Ah! Esta es la Princesa Olga, hija única de Clodomiro V. Rey de Espartanopia y de María Josefina, ya difunta.
CIR.—¿Pero no la recuerdas?
DUQ.—¿No recuerda Vuestra Alteza cuando estuvieron en nuestro reino?
PÍO—¡Ah!... Era yo un muchacho.
CIR.—Y ella casi una niña.
PÍO—Sí... la recuerdo, y era encantadora.
EVA—Y aseguran que Clodomiro tiene una gran fortuna.
CIR.—Una barbaridad de millones en el Banco de Londres.
DUQ.—Rey previsor.
CIR.—Claro... por si acaso. ¿Y aunque le destronaran, Pío, a tí qué?
EVA—Este es buen partido.
CIR—Ya lo creo.
DUQ.—Magnífico.
EVA—Es buena, hermosa.
CIR.—¡Qué rica!
EVA—Con esta unión realizaríamos nuestra felicidad.
CIR.—Aseguraríamos tu porvenir.

Pío—Bueno. ¿Hay que casarse?... Pues vosotros veréis. ¿Os gusta ésta? pues ésta.

Eva—¡Ah, hijo mío! (Abrazándolo.) Tú eres nuestra única esperanza.

Cir—Nuestra salvación.

Duq.—¡La de vuestra ilustre casa! (Música)

Cir. Un miembro de los reyes de [Molavia
penetrando en la vieja dinastía
de la casa real de Espartano- [pia,
¡qué hermoso sería!

Eva Como cambiaría
nuestra situación.

Duq. Se aseguraría
nuestra posición.

Pío. Darla por seguro,
pues me casaré.
Príncipe consorte
con gusto seré.

Cir. Si fallece Clodomiro,
como es cosa natural,
tu señora sube al trono
y tú subes algo más.

Eva. A ser pasas rey consorte
sin responsabilidad.

Cir. Y tu oficio se reduce
a saber multiplicar.
no te importe que en dos años,
pequeñuelos tengais tres...
no te importe, no te importe,
no los vas a mantener. [etc.

Todos No te importe que en dos años,

Pío. No me importa que en dos años,
pequeñuelos tenga tres,
no me importa, no me importa,
no los voy a mantener. [etc.

Duq. No os importe que en dos años,

Todos. ¡Qué placer tan grande
volver a brillar!
Ver de los caballos
el cabecear.
Ir entre dos filas
de la guarnición,
ver de la nobleza
la genuflexión.
¡Cómo cambiaría
nuestra situación!
Se aseguraría
nuestra posición.

Eva.) Como suegros y abuelitos
Cir.) en tu Corte nos harán
los honores de ordenanza
y también nos tocarán...
(Simulando marcha regia y contoneándose.)
¡Chin! ¡Chin! ¡Chin! [chín!
¡Patachán! ¡Patachón! ¡Pata-

Todos. En la gran Espartanopia
los honores nos harán,
nos daremos importancia
y también nos tocarán...
¡Chin! ¡Chin! ¡Chin! [chín!
¡Patachán! ¡Patachón! ¡Pata-

Eva.-¡Hijo de mi vida. Qué alegría para tu madre verte sentado en un trono

Cir.—Aunque sea sentado a la izquierda, Pío. La cuestión es sentarse.

Duq.—¡Señor! Os ofrezco mis respetos como futuro rey de Espartanopia.

Pío.—Levanta, Duque; no te precipites y no dobles tan pronto el espinazo.

Cir.—Pío, no tomes a chacota tu porvenir.

Pío.—Lo tomo en serio, papá. Me entrego en vuestros brazos. Preparadme la entrevista con mi novia. Lo que queráis. Mi mano está libre. Y ahora con vuestro permiso, ¿me puedo retirar?

Eva.—Anda, hijo mío, anda.

Cir.—Anda y desnúdate.

Pío.—Hasta luego. (Vase por el portalón de la derecha.)

Cir.—Y ahora que nos hemos quedado solos, se presenta la cuestión más grave y más difícil.

Eva.—No me asustes, Cirilo. ¿Qué cuestión es esa?

Cir.—La cuestión económica.

Duq.—Juzgo necesario, señor... hacer un empréstito.

Cir.—Pero con quién y con qué garantía.

Duq.—Con la garantía del proyectado matrimonio.

Eva.—El banquero Nathan de Alemania no podría...

Duq.—Se le debe, gran señora.

Cir.—Y no se le ha pagado ni los intereses.

Eva.—¿Y la casa Durand de París?

Duq.—Sólo negocia con monarcas reinantes.

Cir.—Con los cesantes no opera.

Duq.—Si Vuestras Majestades me lo permitieran, yo...
Eva.—Habla.
Cir.—¿Por qué no has hablado ya, si tienes la solución?
Duq.—¿Recuerdan Vuestras Majestades a aquél famoso embajador americano, cerca de vuestra corte?
Cir.—¿El general Tocateca?
Duq.—El mismo.
Eva.—Sí. Era un hombre multimillonario.
Cir.—Muy buena persona. Multimillonario. Sí, señor.
Duq.—Pues yo me había permitido pensar en él en esta ocasión.
Cir.—Y muy bien pensado, querido Duque. ¿Has visto, Eva, qué buenos golpes tiene este Sisa?
Duq.—A mí me parece que si se le hablase y se le sondease...
Cir.—Estás autorizado para sondearle inmediatamente.
Eva.—¿Y dónde está ese hombre?
Duq.—Según me han asegurado hace días estaba para llegar de un momento a otro a Cambridge de vuelta de su viaje de boda.
Cir.—¿A Cambridge? Como quien dice aquí al lado. Le separa de Oxford unas cuantas millas?
Eva.—¡Qué suerte!
Cir.—¿Pero se ha casado? A su edad y tan feo.
Duq.—Se ha casado con una mujer joven y bella. Una parisiense encantadora, según dicen.
Cir.—¿Pero el general tiene posesiones en Cambridge?
Duq.—Un castillo soberbio que data del tiempo de los Stuardos.
Cir.—Es un dato. Dispón que me preparen el automóvil. Voy a ver a los Stuardos... digo al general.
Eva.—(Deteniéndole.) ¿Dónde vas, Cirilo II?
Cir.—Es verdad. No me acordaba de que era Rey, sino de que estabas necesitado. Duque, manda un emisario, y si ha llegado el general a su castillo que se presente aquí inmediatamente. Le aguardo.
Duq.—¡Señor! El que pide, el que necesita...
Cir.—Tienes razón. (A Eva.) ¿Lo ves? Por eso quería yo ir.
Duq.—Yo me encargo de esa alta misión y confío...
Eva.—Sí, Duque... ve tu.
Dag.—(Entrando.) Señor Duque.
Duq.-¿Qué hay? Con licencia de Vuestras Majestades. (Habla con Dagoberto.)
Cir.—(A Eva.) Sisa es un gran diplomático,
Eva.—Ya lo sé. Y oye, Cirilo, ¿qué cantidad te parece que debemos tomar
Cir.—A mí me parece que si la dan... (Hablan bajo.)
Duq.—Que pase. Que pase inmeditamente ese oficial. (Dagoberto saluda y vase fondo. A los reyes.) ¡Señor!... El capitán Guanajato.
Cir.—¿Guanajato?
Duq.—Eso es. Ayudante del general Tocateca.
Cir.—Que pase Guanajato inmediatamente.
Duq.—Aquí llega... Pasad, señor Capitán.
(Tipo joven americano. Traje de uniforme del ejército venezolano. Los reyes se sientan)
Duq.—¡El Rey! ¡La Reina!
Gua.—¡Señor! ¡Señora! El general Tocateca, de quien tengo el alto honor de ser ayudante, me envía a pedir a Vuestras Majestades día y hora para poder saludarles y ofrecerles sus más rendidos respetos en unión de su esposa
Cir.—¿Pero están en Oxford el General y la Generala?
Gua.-Sí. Majestad. En este momento están acabando de almorzar en el Hotel
Cir.—Pues en cuanto acaben que vengan. Para qué vamos a perder el tiempo.
Eva.-¿Conque ustedes capitán del ejército venezolano? Es usted muy joven
Gua.-¡Señora!... He conseguido todos mis grados en los campos de batalla

CIR.—¡Hola! ¡Hola!

GUA.—¡Sí, gran señor! Estuve en las acciones de Matalaqueca, Chuquisaca, Junicoco y Cacarajácara. Y en el sitio de Zarramalaquica por poco me quedo en el sitio, y allí ascendí a capitán.

CIR.—¡Caracas!... con Guanajato. Ande, mi amigo, y dígale al General que aquí le esperamos con los brazos abiertos.

GUA.—Haré presente vuestros reales deseos. (Saluda y vase por el jardín.)

EVA.—¡Que venga pronto!

CIR.—Pues por si viene, hay que recibirle con todos los honores, con los que nos quedan. Duque, llamad a la servidumbre. Voy a pasarles revista a ver cómo están de ropa. (El Duque sale por la derecha para transmitir las órdenes.)

EVA.—Oye, Cirilo, ¿no te parece excesiva la cantidad de diez millones de francos?

CIR.—Eso es una pequeñez, si casamos a Pío con Olga.

EVA.—Bueno. Lo que tú quieras.

Dichos y el Duque de Sisa, por la derecha, acompañado de Dagoberto y cuatro mayordomos. Cuatro palafreneros. Cuatro mozos de comedor. Cuatro cocheros, Dos lacayos.

CORO. Estamos a las órdenes
de Vuestra Majestad.

CIR. Que formen en dos filas,
los voy a revistar.

(Contándolos.) Cuatro cocheros
y mayordomos
y cuatro mozos
de comedor.
Palafreneros
no más que cuatro,
y dos lacayos
no más que dos.

EVA. / CIR. / DUQ. } Qué poca servidumbre,
qué poca { me / nos } quedó.
¡Ay de mí!
Ya vendrá tiempo mejor.

CORO. Pero servidores
y siempre leales,
y unos perros fieles
de Sus Majestades.
Mandadnos, señor,
mandadnos rodar,
y todos rodaremos
sin chistar.

LOS TRES. Esto es adhesión
y portarse bien
y eso que hace ya tres meses
que el salario no lo ven.

CIR. Muy bien. Muy bien.
Pero, Ramón,
aquí detrás te falta
ya un botón.
A ver, a ver,
¿qué has hecho, Juan,
que tienes aquí un siete
en el colán?
Y tú, Manuel,
y tú, Colás,
¿por qué lleváis cuchillos
por detrás?

DAG. Como van montados
a la gran Dumont,
es difícil se les vea,
pues, la cara posterior.

CIR. Muy bien observado,
no lo negaré,
que no monten a la inglesa,
porque entonces se les ve.

TODOS. Que no monten a la inglesa,
porque entonces se les ve.

DUQ. Señor. ¡Señora!
el general.

CIR. Salgamos al momento a recibirlo
con gran ceremonial.

Dichos; el general, la generala y Guanajato

CIR. Ilustre general.

GEN. ¡Señor! (A Cirilo..)
(A Eva.) ¡Señora!
(A su esposa.) Ven.
Os presento aquí a mi esposa.

CIR. Yo me pongo a vuestros pies.

EVA. ¡Amiga mía!...

BER. ¡Señora mía!...

CIR. Pasad... pasad... señores.
Haced salir de aquí, Duque de Sisa,
a mis bravos y fieles servidores (Salen)

EVA. Les recibimos sin etiqueta,
sin ceremonias, ni ostentación.

CIR. Yo soy Cirilo, sin el segundo,
con los amigos del corazón.

TODOS. El es Cirilo sin el segundo,
con los amigos del corazón.

BER. Vuestras Majestades
la vida me dan,
porque a mí me gusta
la franca amistad.
Me fastidia la etiqueta
y su tonta seriedad,
y me agrada lo sencillo,

porque soy muy natural.
Yo soy de París,
soy del *boulevard*,
mi nombre de artista,
fué *mancelle* Canard.
Y aunque hoy a generala yo ascendí
por ser mi amado esposo general,
jamás por un momento me olvidé
de mi origen de artista popular.

TODOS. Jamás por un momento se olvidó
de su origen de artista popular.

BER. La canción que yo cantaba
y en París arrebataba
esta fué.
La canción del Arlequín
con su alegre retintín,
cantaré.
Es un muñeco el Arlequín,
un muñequito de cartón,
que para hacerle así bailar,
hay que tirarle de un cordón.
Tira que tira y al tirón
el muñequito baila así,
tira que tira sin cesar,
para que baile el Arlequín.
Es un Arlequín
el hombre también,
cuando las mujeres
lo manejan bien.
Es un Arlequín
lleno de serrín
y con cascabeles
que hacen retintín.
Siempre al son que queremos que baile
las mujeres le hacemos bailar
y consiste en el tira y afloja.
el que nada nos puedan negar.
Hay momentos en que el muñequito
está el pobre de muy mal humor,
y hay que darle al muñeco un besito
para hacerle que baile mejor.
Está en los tirones
de la cuerdecita,
saber engañarlos,
saber conseguir.
Y al tira que tira.
se mueve al muñeco,
y ya, todo, todo,
se puede pedir.

TODOS Es un muñeco el Arlequín,
es un muñeco de cartón,
que para hacerle así bailar
hay que tirarle de un cordón.
Tira que tira, y al tirón,
el muñequito baila así,
tira que tira sin cesar,
para que baile el Arlequín.

HABLADO

CIR.—Un Arlequín, lleno de serrín... ¡Admirable! ¿Qué te parece, Eva, el tira que tira?

EVA.—Muy bonito.

DUQ.—¡Brava! ¡Brava!

GEN.—Con esa canción me echó el lazo como a los potros en la Pampa.

BER.—Lo cacé. Ocho días de preliminares. Miradas, flores, cartitas con Guanajato el ayudante.

GUA.—(Con acento americano.) Y alguno que otro estuche...

BER.—Eso entra siempre en los preliminares. Y por fin un amigo cariñoso que me presentó al General en mi camerino de Olimpia.

GEN.—¡Y qué canción! Aseguro a Vuestras Majestades, que yo temblaba como tiemblan las hojas del cocotero con el vientecillo de la mañana.

BER.—Claro... Como no tenía costumbre de ver a una artista tan cerca y en traje ligero...

GEN.—Eso es.

CIR.—¿Y por fin se arregló todo?

GEN.—Eso quería yo, un arreglo...

BER.—Y se arregló... nos casamos.

CIR.—(Dándole palmaditas.) Vaya, vaya con Tocateca.

EVA.—(A la Generala.) ¿Y ahora vuelven del viaje de boda?

BER.—Justamente. Este se empeñó en llevarme a varias potencias extranjeras, para presentarme y nos han recibido admirablemente. Sobre todo en Espartanopia. Como yo tengo este carácter tan alegre.

GEN.—Tan jocoso.

BER.—Clodomiro V, se ha vuelto loco conmigo.

GEN.—Hasta el punto de que vamos a tener el alto honor de que nos visiten nuestro castillo de Cambridge.

CIR.—¿Pero Clodomiro V viene a Inglaterra? ¿Oyes, Eva?
EVA.—¡Y traerá a su hija la princesa Olga!
GEN.—Indudablemente.
DUQ.—¡Vienen! ¡Magnífico!
CIR.—¿Y cómo está Olga?... ¿Cómo está Olguita?
BERTA.—Está preciosa. Es un encanto.
GEN.—Está fresca y lozana como la chirimoya que pican los pájaros en nuestras selvas americanas.
CIR.—(Aparte.) Esa chirimoya la pica Pío.
BERTA.—Nosotros veríamos también con mucho gusto y con ello recibiríamos un alto honor, si Vuestras Majestades se dignaran honrarnos con su visita
CIR.-Ya lo creo. Iremos, pero en seguida. ¿Verdad, Eva?... No faltaba más
EVA.—Coincidiremos con Clodomiro y su augusta hija.
CIR.—Eso es, coincidiremos y llevaremos a Pío.
GEN.—¡Ah, perdón! Me había olvidado de preguntaros por el Príncipe.
BERTA.—Es verdad, se nos había olvidado.
CIR.—Está guapísimo. Hecho un hombre.
EVA.—E día menos pensado se nos casa.
BERTA.—(Con intención.) ¡Ya!...
CIR.—A eso se tira.
GEN.—Celebro mucho...
CIR.—Ya hablaremos, general.
DUQ.—(Anunciando.) ¡Su Alteza el Príncipe!
CIR.—(Entrando.) Ven... Ven acá... Pío. Mira, mira quién tienes aquí.
PIO.—Mi querido General. (Saludándole efusivamente.)
GEN.—¡Señor!
EVA.—La Generala. (Presentándola.)
GEN.—Mi señora.
BERTA.—(Haciendo una profenda reverencia.) ¡Príncipe!
PIO.—A vuestros pies. (Aparte.) ¿Dónde he visto yo a esta mujer?
DUQ.-(A Cirilo.) ¡Señor! El momento parece oportuno para lo del empréstito
CIR.—Sí. Tocateca!
GEN.—¿Qué me manda vuestra Majestad?
CIR.—Necesitamos hablar de algo importante.
EVA.—Sí, General, necesitamos hablar.
GEN.—A vuestras órdenes.
CIR.—Generala. Nos llevamos a vuestro esposo,
EVA.—Necesitamos de él.
BERTA.—Gustosísima.
EVA.—Pío, acompaña aquí a la Generala.
CIR.—Vamos, mi querido Tocateca.
EVA.—Vamos, mi querido General.
CIR.—Duque. Ven con nosotros.
GEN.—(Aparte.) Los tres. Soy todo vuestro. (Aparte.) Vaya, me parece que estos me van a pedir cantidades. (Vanse por la derecha.)
BERTA.—Querido Príncipe: lamento la obligación que os ha impuesto Vuestra Augusta madre, de que permanezcáis a mi lado.
PIO.—Señora, para mí es un honor y un deber.
BERTA.—Vuestra Alteza es muy amable.
PIO.—Yo soy esclavo siempre de las mujeres y de la hermosura.
BERTA.—Muchas gracias, Príncipe. La galantería en los hombres, es la cualidad que más apreciamos las mujeres.
PIO.—Pues me precio de galante y me considero feliz por agradaros.
BERTA.—¿Feliz nada menos?... Eso ya es lisonja.
PIO.—Pero por Dios, Generala, sentaos.
BERTA.—¡Delante de Vuestra Alteza!
PIO.—No estamos en visita de corte.

BERTA.—Con vuestra venia. (Se sienta.)

PIO.—(Aparte.) ¿Pero en dónde he visto yo a esta mujer? (Reparando en Guanajato que está firme en la terraza.) ¿Este oficial es de vuestro séquito?

BERTA.—Sí... Es un ayudante de mi marido.

GUA—(Saluda militarmente.) ¡Señor!...

PIO..—¿Y cuánto tiempo hace que os casasteis con el General?

BERTA.—Hace tres meses. Hemos vuelto hace unos días del viaje de boda.

PIO.—Vamos, en plena luna de miel.

BERTA.—Así parece... (Con tristeza.)

PIO.—¿Cómo?

BERTA.—(Variando de conversación.) Y a propósito, príncipe... ¿Cuándo se casa Vuestra Alteza? Todo se sabe.

PIO.—¿Yo? Os aseguro que no he pensado...

BERTA.—Pues vuestra augusta madre...

PIO.—Sí... sí... Mis padres tienen proyectos... Pero puedo aseguraros que yo, a ninguna mujer le he entregado todavía mi corazón.

BERTA.—¿De veras? No lo creo. A vuestra edad...

PIO.—Precisamente... A mi edad se desean todas las mujeres, sin poner el amor en una sola.

BERTA.—Eso es que no habéis encontrado todavía en vuestro camino, a una de esas mujeres, ya rubia de ojos azules, ya morena de ojos de fuego, que al verla, os haya dado un vuelco el corazon.

PIO.—Puede ser.

BERTA.—Indudablemente. Pero el día en que la encontréis...

PIO.—El vuelco será terrible... ¿Verdad, Generala?

BERTA.—¡Terrible!

PIO.—(Aparte.) Pues señor, yo la conozco y no sé de qué.

BERTA.—¡Ay! ¡Ay! (Como obedeciendo a que un pendiente se le ha enganchado.)

PIO.—(Acercándose.) ¿Qué eso, Generala?

BERTA.—Nada... Este pendiente que se me ha enganchado en el pelo y me ha dado un tirón.

PIO.—Y lo vais a perder, porque está abierto el ganchillo. Si me permitís...

BERTA.—Por Dios, príncipe.

PIO.—(Se acerca para cerrar el pendiente. Aparte.) ¡Qué mujer!...

BERTA.—¿Está ya?

PIO.—Sí... ya está... (En voz muy baja.) Tenéis el cutis de seda...

BERTA.—¿De seda?... (Pausa. Volviéndose rápida al ayudante.) Guanajato.

GUA.—(Adelantándose.) ¿Mi Generala?

BERTA.—¿Pero por qué no os vais a dar... una vuelta... por los jardines?

GUA.—Hace un ratito que estaba pensando en pediros licencia para...

BERTA.—Concedida. Concedida.

GUA.—Agradecidísimo. (Vase por el jardín.)

PIO.—Perdonadme sí me atreví. No creo haberos ofendido.

BERTA.—¿Ofensa? Ninguna. ¿Por qué? Pero decidme, ¿por qué me estais mirando de ese modo?

PIO.—Porque estoy loco desde que os vi, queriendo recordar dónde os he visto antes de ahora. Porque yo os conozco y no sé...

BERTA.-¿Que me conoceis? No me parece extraño. ¿Habéis estado en París?

PIO.—Hace tres años. Era yo un muchacho.

BERTA.—Pues justamente. Os llevaron una noche a Olimpia y allí cantaba yo...

PIO.—¡Ah!... Sí... Ya sé... ¡Mancelle Canard! (Levantándose.)

BERTA.—La misma.

MÚSICA

PIO. Mi dulce sueño de adolescente,
mis ilusiones de colegial,
mis esperanzas de amor ardien- [te,
algo ideal... •
Fuisteis para mí,
desde aquel instante
en que deslumbrante

de hermosura os vi.

BER. (Levantándose.) No sabía yo,
ni jamás pensé,
que en un corazón
tal daño causé.
Mas si conseguí
la llama encender
de su primer amor...
¡Qué le voy a hacer!

PIO. (Amoroso.) Quien produce un daño
remediarlo debe,
y daños de amores
su remedio tienen.

BER. Es verdad...
Bien lo sé...
Pero referidme
cómo os cautivé. [ción!

PIO. ¡Oh, qué loca y ardiente emo-
Una cosa que nunca sentí
me produjo la alegre canción
que en Olimpia cantábais así...
Para el buen cazador
la escopeta.

BER. Para el cojo de un pie
la muleta.

PIO. Para el tonto que pesca
la caña.

BER. Para el buen segador
la guadaña. [leta.

LOS DOS. Para el buen jugador la ru-
para niñas de quince el amor,
para vieja senil la calceta
y la pipa para el fumador. [mí

BER ¡Oh, qué dulces recuerdos en
se despiertan con esa canción!
Dulces horas que alegre sentí
del aplauso la loca emoción.

PIO. (En voz baja.) [traje
Allí entre gasas de vuestro
tesoros bellos adiviné, [mosura
y en mi memoria vuestra her-
recuerdo ardiente, constante
Yo soñé [fué.
verme en vuestros brazos aca-
Yo pensé [riciadores.
veros en los míos, muriendo de
pero no... [amores.
Todo como un sueño se desva-
[neció.

BER. El dulce sueño de adolescente,
las ilusiones de colegial, [te,
las esperanzas de amor ardien-
por qué tan pronto muertas es-
Quién dirá [tán.
muero de sediento, cerca de una
quién no da [fuente,
cerca de una boca, dulce beso
porque no [ardiente,
debe ser cobarde el que tanto

PIO. Os adoro con locura. [amó.

BER. Vuestra Alteza loco está.

PIO. Me enloquece tu hermosura.

BER. Por Dios, Príncipe, callad.

PIO. Dadme el brazo y silenciosos
cruzaremos el jardín.

BER. Muy gustosa y paseando
recordemos lo que fuí,
Una artista popular.

PIO. Una diosa para mí.

BER. Una artista nada más
que cantaba alegre así...
(Yéndose despacio por el jardín.)

BER. Para el buen cazador
la escopeta.

PIO. Para el cojo de un pie
la muleta. [leta,

LOS DOS. Para el buen jugador la ru-
para niñas de quince el amor,
para vieja senil la calceta
y la pipa para el fumador.

DAG.—Las cinco. La hora del té. Vamos, muchachos... pronto. Luz. (Salen cuatro mayordomos y dan luz.) Los servicios. Los invitados estarán al llegar. (Los mayordomos distribuyen las mesitas.) Todos con servicio de té. (MÚSICA)

CAM. (A Dagoberto.)
Cumpliendo vuestras órdenes
con suma rapidez,
aquí están los servicios
dispuestos para el té.
Una taza de té de la China [kín
de Changhai, de Cantón o Pe-
es bebida sabrosa y divina
y que cura al inglés el esplín.

DAG. Es una bebida
la mas elegante,
digestiva siempre
y tonificante.

TODOS Es el té la delicia mayor
de la *Ledy*, el *Milord* o la *Miss*
si lo toman ante un velador
bis a bis, bis a bis, bis a bis.

DAG. La fina galleta
de lengua de gato
es cosa muy rica
mojada en el té.

TODOS Y en todas las casas
que tienen buen trato
el té de las cinco
lo *sic* siempre fué.
Es el té la delicia mayor
de la *Ledy*, el *Milord* y la *Miss*
si lo toman ante un velador

bis a bis, bis a bis, bis a bis.
dos y los Oficiales, Coronel y Capitán.
El té de las cinco,
la costumbre es
que no le perdona
nunca el buen inglés.
Dichos y Ana, Isabel, María, Natalia, Laura. Jorge y Carlos.
ELLOS Vamos con los reyes
a tomar el té,
momento agradable
para el buen inglés.
Dichos y el General Tocateca dando el brazo a la Reina Eva, Cirilo y Duque
DUQ. (Anuncia.) ¡Sus Majestades!
EVA (Saliendo y desprendiéndose del brazo del General.)
Muchas gracias, General.
¡Oh, señores, bienvenidos!
CIR. (A Tocateca.) Convenidos.
BERTA. Complacidos.
CIR. (Al Duque.) Tocateca dá el metal
BERTA. (A Cirilo y al Duque.)
Y respecto de la boda
todo el plan lo tengo aquí...
GEN. Mi señora, lo estoy viendo,
hace al príncipe feliz.
TODOS. (De pie saludando. A la Reina.)
Muy agradecidos
a vuestra bondad.
¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!
por Su Majestad.
En la orquesta se repite el motivo del dúo «Para el buen cazador la escopeta», etc.

ACTO SEGUNDO

Jardín frondoso de árboles corpulentos y añosos de un castillo en Cambridge, de tiempo de los Stuardos. A su tiempo se ha de ver el reflejo sobre la escena de dos luces rojas que partirán de cada portalón, que se suponen de dos faroles que hay en los estíbulos. En el segundo término izquierda, gran arbol corpulento. Gran banco de piedra. Al fondo, centro más hacia la derecha, «El Petit Trianón», copia en pequeño del de Versalles. En esta parte derecha, mesa y sillas rústicas en este «coin» o rincón del jardín. Hacia el fondo macizos a la izquierda con flores, etc. Es de día. Al levantarse el telón aparecen formados, desde la salida del portalón, primera izquierda y en ala que llena la escena, dieciseis o dieciocho servidores de la casa del general Tocateca. Salen por la primera izquierda Berta, traje elegantísimo de recepción; Tocateca de uniforme de general venezolano, y Guanajato, uniforme de gala de ayudante

MÚSICA

BERTA. (Al General.)
Llegó el momento deseado
mi caro esposo, para tí,
de recibir a otro Monarca
teniendo, como tienes, otro aquí.
GEN. Es una alta honra.
no lo negarás.
BERTA. No lo niego, pero a mí
me es completamente igual.
Son los Reyes, según la manera
que yo tengo de ver y pensar,
unos hombres iguales a todos
si les quitas la Marcha Real.
Dichos y Cirilo II, de gran uniforme, Reina Eva, traje de corte; príncipe Pío, uniforme,
CIR. Me devora la impaciencia
de abrazar a Clodomiro.
ya me veo en su presencia
y en sus brazos ya me miro.
EVA. (A Pío.) Vas a ver en la princesa
un modelo de candor. [porta
PIO. No lo dudo (Aparte.) Qué me im-
si para ella no es mi amor.
BER. (Al general.) Ya llegan, Salgamos,
GEN. Pues vamos allá,
y a la puerta del parque reci
a Su Majestad. [bamos
(Salen hacia el fondo Tocateca, Berta y Guanajato. Queda en escena Eva, Cirilo y Pío. En voz baja.)
CIR. (A Pío.) Anímate, mi Pío.
EVA. Anímate, hijo mío.
CIR. Preséntate ante Olga
galante y decidor.
EVA. El verte así me extraña.
CIR. Prepara bien la caña
y pon en el anzuelo
el cebo del amor.
CIR. } Si pescas a Su Alteza
EVA. } aquí de nuevo empieza
de nuestra ilustre casa
el brillo y esplendor.
Con esta regia boda
por fin se arregla toda
la estirpe de Molavia,
que está que es un dolor.
Salen Clodomiro V del brazo de Berta. Tocateca dando el brazo a la Princesa Olga. Cuatro damas de la Princesa. Cuatro ayudantes del Rey. Guanajato y Dichos. Aldeana 1.ª y Aldeanas inglesas. La Aldeana 1.ª lleva un precioso ramo de rosas blanca

Aldeanos ingleses. El Rey Clodomiro V viste traje de rey de Espartanopia.

CORO. (Dentro.) [nidos
¡Salud! ¡Salud! Y sean bienve-
los huéspedes ilustres al con-
[dado.
¡Salud! ¡Salud! Al Rey, a la
[Princesa
a quien todos rendidos saluda-
CIR. Gran Clodomiro [mos.
yo te saludo. (Se abrazan.)
CLOD. Cirilo ilustre,
mis brazos ten.
EVA. Bella Princesa.
OLGA. Noble señora. (Se besan.)
PÍO. (A Olga.) Princesa augusta.
(A Clodomiro.) Salud al Rey.
BER. A la princesa nuestros colonos
quieren ofrecer
un bello ramo de rosas blancas,
frescas y puras como ella es.
OLGA. Que lleguen... y gustosa
el ramo aceptaré.
BER. (A las Aldeanas.)
Venid... Su Ateza os llama.
CIR. (A Pío.) Ya ves, qué guapa es.
ALD. 1.ª De los verdes rosales
de nuestros huertos,
que parecen de nieve cubiertos
cuando están en flor,
cortamos estas rosas
que da el estío,
que aun conservan del fresco
los besos de amor. [rocío
Tomadlas, y en vuestras manos
que de rosa también son,
tendrán la eterna frescura
del huerto que las crió.
CORO. Tomadlas, y en vuestras ma-
etc., etc. [nos,
OLGA. De los verdes rosales
de vuestros huertos,
que parecen de nieve cubiertos
cuando están en flor,
acepto yo las rosas
que da el estío,
y al besarlas... a todas envío
mi beso de amor. (Lo besa.)
TODOS El beso de amor
que a las flores dió
les da la eterna frescura
del huerto que las crió. [nia.
BER. (Al Rey.) ¡Señor! Con vuestra ve-
(A todos.) Amigos... despejad.
las gracias a todos
da Su Majestad.
TODOS (Al hacer mutis.) [dos
¡Salud! Salud y sean bienveni-
los huéspedes ilustes al con
[dado.
¡Salud! Salud al Rey y a la
[Princesa,
a quien todos rendidos salu
[damos.

Eva, Berta, Olga, Cirilo, Clodomiro, Tocateca y Guanajato. (HABLADO)

CLOD.—Generala. Tenéis un Parque encantador. Se goza aquí de un ambiente delicioso.

GEN.—¿Os agrada, señor?

CLOD.—Mucho.

CIR.—Es una delicia, mi querido primo. Llevamos nosotros aquí tres días y no nos hemos movido de estos lugares.

EVA—Recuerda a Versalles.

OLGA—Aquí viviría yo siempre.

PIO—Todos estos encantos se deben a la Generala.

GEN.—Eso es. Mi señora es muy artista. Miren Vuestras Majestades. Aquí, por orden suya, se ha reproducido el Petit Trianon. Esto no existía en este castillo de los Stuardos. Luego, estatuas, fuentes, flores por todas partes.

BER.—Sí, señores. Alegría... mucha alegría, porque yo me muero sin ella. Y ahora libertad para todo. Aquí no estamos en un palacio. Nada de etiquetas.

CIR.—Eso es. Nada de ceremonias.

BER.—(A Olga.) Si Vuestra Alteza quiere pasar a sus habitaciones yo misma la conduciré.

OLGA—Como gusteis.

BER.—Pues vamos. ¡Señores! (Sale con la Princesa por el portalón primera.)

PIO—(Al Rey.) Descansad. ¡Señor!

CLOD.—Gracias, Príncipe. (Sale el Príncipe por el fondo.)

GEN.—(Aparte.) Me parece que deba dejarles solos. (A Clodomiro.) ¡Señor! Estáis en vuestra casa.

CLOD.—Gracias, Tocateca.

GEN.—(A Cirilo.) Os facilito la ocasión, Guanajato.
GUA.—¡Mi general.
GEN.—Vamos.
GUA.—A la orden de Vuestras Majestades. (Vanse por el portalón segundo.)
CLOD.—¡Nos quedamos aquí. (Sentándose.)
EVA—Esto está hermoso. (Se sienta.)
CIR.—¡Delicioso!
CLOD.-He tenido una agradable sorpresa al encontraros aquí. No quiero recordaros vuestros infortunios, pero los lamento de todo corazón. Ya lo sabéis.
EVA—Lo agradecemos mucho, Clodomiro.
CIR.—Los pueblos son ingratos. Yo creí que hacía feliz al mío, pero él creyó otra cosa. ¡Qué le vamos a hacer! ¡Pobre Molavia!
CLOD.—Y ahora, amigo Cirilo, en el destierro os aburriréis mucho sin tener nada que hacer.
CIR.—Antes hacía mucho menos.
EVA—Claro. Los ministros lo hacían todo.
CIR.—Todo no. Yo firmaba y siempre era una ocupación.
EVA—¿Y este viaje que realizáis con la Princesa tiene algún fin político?... si puede saberse, primo.
CLOD.—Político, no. Es un viaje más de padre que de rey.
CIR.—¡Ah! ¡Los que somos padres!
CLOD.—Olga está delicada.
EVA.—¿Cómo?
CIR.—¿Qué tiene?
CLOD.--No, nada. No se trata de enfermedad, pero lo cierto es que está triste, que está pensativa, y aquí, entre nosotros, me parece que está enamorada.
EVA.—¿Enamorada? (Con extrañeza.)
CIR.—¿Conque la niña?... (Aparte.) ¡Caramba! ¡Caramba!
CLOD.—Sí... está enamorada. Las niñas cuando se enamoran presentan todas, aunque sean princesas, los siguientes síntomas; Palidez, ojeras, falta de apetito y miradas lánguidas y extraviadas como buscando por lo infinito algo que se imaginan, y mi pobrecita Olga...
CIR.—Sí. Os parece que busca algo.
EVA.—Y no habéis podido averiguar cómo y de quién...
CIR.—Eso es, ¿de quién? (Aparte.) ¿De quién será?
CLOD.—Sí. Nada se puede ocultar al ojo de un padre.
CIR.—Claro.
CLOD.—Pero es muy difícil mi situación. Como rey no puedo descender a...
EVA.—¿Pero es que la princesa ha cometido la locura de enamorarse de una persona que no es de su alta estirpe?
CIR.—Se habrá enamorado, como si lo viera, de algún violinista, de algún oficialillo, de un artista de circo, de un cualquiera. ¡Oh! Las princesas del día. ¡Ah!, pero no consentiréis de ninguna manera que...
CLOD.—No es eso. No es eso, mi querido Cirilo.
CIR.—¿Pues entonces?...
CLOD.—Es muy duro para un padre el decir...
CIR.—(Aparte.) Nada. Se ha enamorado de un cochero. Todo por el suelo. ¡Adiós mi dinero! ¡Pobre Pío!
EVA.—(Aparte.) ¡Pobre hijo mío!
CLOD.—Pero, en fin, habla el padre. Doy este paso por ella. Olga está enamorada de un príncipe.
EVA.—¿Eh?
CIR.—(Aparte.) Qué le vamos a hacer.
CLOD.—Del príncipe... Pío.
EVA.—¡Ah!
CIR—¡Oh!
EVA.—Ya.

CIR.—¿De Pío? ¿Has oído, Eva? Nuestro hijo. En fin, veremos, no tenemos más que ese. (A Eva.) ¿Tú dirás? (En voz baja.) No digas nada.

EVA.—Nuestro hijo...

CIR.—El príncipe... No sabemos. Ha viajado por el extranjero. Ha visto princesas. Quizá su corazón esté... Puede que esté comprometido con Ana de Liguria, o con Lina de Liponia, o con Draga de Liburnia. Vaya usted a saber

CLOD.—Basta. Basta. Vosotros guardais algún secreto. Algún plan de matrimonio para vuestro hijo. Es muy natural. Ha sido inútil mi sacrificio. El rey dominará al padre. Ya está decidido. (Levantándose.) A Olga la casaré aun contra su voluntad con el heredero de la corona de Eslavonia.

CIR.—¡Hombre!

EVA.—¡Clodomiro!

CIR.—Por Dios. No se trata de eso. Eso no. ¿Violentar a la niña? No faltaba más. Eso nunca.

EVA.—Pobrecita Olga.

CIR.—Aún vive Cirilo. Clodomiro, no os pongais así. Olga se casará con Pío. Sí, señor, con el príncipe Pío. Yo lo mando, yo lo quiero.

CLOD.—¡Gracias! ¡Gracias!

CIR.—Lo dicho. Bueno. De la dote no tenemos que hablar nada. Entre nosotros... Ademas, que ya lo sabemos.

CLOD.—Sí. Sí. Mi fortuna es inmensa. De esto no hay nada que hablar Pero vamos a ver el chico... Pío... ¿el príncipe qué lleva?

CIR.—Vamos, Clodomiro, que no hablemos de intereses. No hablemos de dinero.

EVA.—No hablemos.

CIR.—Que no quiero. Vamos, que a mí no me gusta hablar de eso.

OLGA.—(Entrando.) ¡Ah! perdón. Vengo a interrumpir.

CLOD.—No. Ven, hija mía.

PÍO.—(Entrando,) Perdonad. Me retiro.

CIR.—No... ven acá, hombre.

EVA.—No... ven aquí.

CLOD.—(A Cirilo.) Me parece que debemos...

CIR.—Sí; creo que debemos...

CLOD.—Conviene que se vean, que se hablen...

CIR.—Sí; que haya contacto para... El amor es como la electricidad. Si no se unen los polos... no hay chispa.

EVA.—(Al Príncipe) De tí depende sólo, hijo mío, nuestra felicidad.

CIR.—Eva. Vamos a acompañar a Clodomiro.

EVA.—Con mucho gusto.

CLOD.—Olga. Adiós.

CIR.—Pío. Hasta luego. (Por el portalón primera izquierda.)

(Pausa. Se miran, no hablan,) (MÚSICA)

OLGA. (De pronto.) ¿Te agradan las flores?

PÍO. Me agradan.

OLGA. Pues ven
y de este macizo
una cortaré.

PÍO. (Secamente.) ¿Para qué?

OLGA. Es verdad, (Con tristeza.)
dices bien;
para qué la voy a arrancar?
Está tan lozana,
tan fresca en su tallo,
cortada se seca,
dejarla es mejor.
(Aparte.) Está indiferente
y apenas me mira;
en él habré puesto
en vano mi amor.

PÍO. Te has enojado
porque no quise
una flor bella
tomar de tí.
Pues de mis manos
toma esta otra,
y mi torpeza
la enmiendo así. (Dándosela)

OLGA ¡Ah! tú no sabes lo que has hecho
al ofrecerme aquí esta flor.
Sobre la ofrenda de las flores
hay en mi patria una canción.
Como palomas en bandada
van en mi patria las doncellas,

van a los huertos y con ellas
mozos galanes también van.
Forman la rueda y un galán
queda en la rueda prisionero,
y si romper la rueda quiere
tiene que dar el caballero
a una niña una flor
en promesa de amor,
y girando las niñas en corro
así cantan a su alrededor.
Galán... doncel...
que diste la azucena,
la rosa o el clavel.
Te tienes que casar
y ser marido fiel;
al cura vé a buscar,
galán, galán, doncel.

LOS DOS. Galán,
doncel,
que diste la azucena
la rosa o el clavel.
te tienes que casar etc.,

HABLADO

OLGA.—(Aparte.) Yo no he podido decírselo de una manera más popular.

PIO.—La canción es preciosa, prima mía, y la costumnre muy original. Pero aquí el dar una flor no es más que una prueba de galantería.

OLGA.—¿Nada más? Pues allí... Ya te digo. Es cosa corriente. (Aparte.) No me quiere. No me quiere. (Dichos y la Generala)

BERTA.—Así me gusta. Ver a Vuestras Altezas en animada conversación.

PIO.—¡Berta! Hablábamos de cosas indiferentes.

OLGA.—Indiferentes.

BERTA.—Pues yo creí que había interrumpido la primera entrevista de dos enamorados.

PIO.—¿Enamorados? No.

OLGA.—No. ¿Quién os ha dicho?...

PIO.-(En voz baja a la Generala.) No jugueis conmigo, Berta... Mi solo amor...

BERTA.—Silencio, Príncipe.

OLGA.—¿Qué? Hablan en secreto.

BERTA.-Pues repito, que a mi llegada creí romper un idilio. Pero si no es así.

OLGA.—No, querida Generala, no.

BERTA.—Perdonad.

OLGA.—(Aparte.) ¿Será esta mujer la que?... (Medio mutis.)

PIO.—(En voz baja.) Pero, Berta.

BERTA.—(Idem.) Callad, por Dios.

OLGA.—(Desde la puerta vuelve la cabeza y los ve juntos.) Sí. ¡Es ella! (Vase.)

BERTA.—Príncipe. Habeís estado inconveniente, muy inconveniente.

PIO.—El amor en nada repara, y yo te amo, Berta.

BERTA.—(Riéndose.) ¡Estais loco! Sois un niño. Un pobre colegial soñador que sus ensueños amorosos los vió realizados en un momento de locura, de abandono, lo que queráis, pero al fin ensueños, ensueños que pasaron, querido Príncipe.

PIO.—¿Cómo? ¿Qué decís? ¿Que pasaron?

BERTA.—Sí, para no volver. ¿Pero vos pensasteis?... (Riéndose.)

PIO.—¡Berta!

BERTA.—¡Ay! ¡Me dais miedo! No os pongáis en drama. Yo soy así. No me gusta ejercer la tiranía con los hombres. Me gusta verlos rendidos a mis pies y esclavos, un minuto y después rompo sus cadenas y los liberto. ¡Qué esclavo se queja porque le devuelvan la libertad! No os quejéis, Príncipe, porque yo os la devuelva. Vos habéis venido a casaros con la princesa y con ella os casaréis.

PIO.—Yo, nunca. ¿De modo que me habéis tomado por un juguete? ¡Ah! no. Esa libertad que me otorgáis no la quiero. Yo quiero amaros siempre... ser vuestro esclavo siempre. (La coge una mano y se la besa.)

CIR.—(Apareciendo.) ¡Caramba!

BERTA.-Cuando digo que sois un loco, que sois un niño. (Retira la mano y sale.)

PIO.—Se burla de mí. Sí. Se burla. (Sale por la lateral derecha.)

CIR.—¡Demonio! ¡Con mi Pío! ¡Vaya con la Generala! ¡Pobrecito Tocateca! Bonita manera tiene mi niño de pagar la hospitalidad... Ya me escamé yo en

Oxford aquella tarde del té, en que no parecían. Y yo que salía a ver si el Príncipe y la Princesa... ¡Caramba, caramba! (Tocateca y Clodomiro.)

GEN.—Allí está Cirilo II.

CLOD.—Querido Cirilo. ¿Dónde os metéis? Os hemos buscado en vuestras habitaciones y...

CIR.—He salido a tomar el aire.

CLOD.—¿No sabéis lo que pasa?

GEN.—¿Lo que ocurre?

CIR.—No sé nada... Casi nada.

CLOD.—Vuestro hijo el Príncipe no quiere a la Princesa.

GEN.—No la quiere.

CIR.—¿Cómo que no? (Aparte.) ¿Y qué digo yo? Pío me reventó.

CIR.—Pero calma. Mucha calma, amigos míos.

CLOD.—De estos amores depende quizá la preciosa existencia de Olga.

GEN.—(A Cirilo.) De estas amores depende el empréstito.

CIR.—Sí... ya lo sé. De estos amores yo me encargo.

GEN.—Y quien va a averiguar quién es la prójima que entretiene al Príncipe Pío... voy a ser yo.

CIR.—No... mi general. Vos tenéis muchas cosas en la cabeza para ocuparos de eso. (Aparte.) ¡Pobrecito! Yo... Yo soy el padre y soy el llamado.

CLOD.—Tiene razón Cirilo. El es el padre y...

CIR.—Yo llamaré al Príncipe como Rey y como padre y le diré... ¿Pero qué es esto? ¿Hemos venido a esto? ¿Te parece bien esto? ¿En dónde te has metido?

GEN.—Muy bien.

CLOD.—Muy bien.

GEN.—Energía. Mucha energía.

CIR.—Y a ella, en cuanto tropiece con ella... Con todo respeto la diré... Señora...

GEN.—No, señor. No la llaméis señora, llámela Vuestra Majestad todo lo contrario. Estáis en vuestra casa.

CLOD.—Y si es como suponemos una doncella...

CIR.—No es doncella.

CLOD.—O una dama, que recibís en esta casa, a la calle inmediatamente. A la calle.

GEN.—Eso por supuesto. (Sube hacia el fondo.)

CIR.—(Aparte a Clodomiro.) Eso no puede ser.

CLOD.—¿Por qué?

CIR.—Porque es la Generala.

CLOD.—La Ge...

CIR.—Silencio.

GEN.—Pero allí viene mi señora del brazo de un oficial.

CIR.—¡La Generala!

CLOD.—¡La Generala!

Dichos y la Generala, del brazo del Coronel a quienes siguen el Capitán y Oficiales

BER.—(A Clodomiro V.) ¡Señor! Voy a tener el honor de presentar a Vuestra Majestad al Coronel, al Capitán y a los Oficiales del 42 Regimiento de Highlanders.

CLOD.—¡Coronel! ¡Señores!

CIR.—Mi querido Coronel, ¿cómo por aquí?

COR.—Hemos llegado de Oxford esta madrugada al campamento de Cambridge, para tomar parte en las maniobras que empezarán mañana.

GEN.—Mi amigo, Lo celebramos mucho y asistiremos a ellas.

CLOD.—Será un honor para mí admirar una vez más al bravo ejército inglés

BER.—(A Tocateca.) Paseaba por el parque y ví por la verja pasar a estos señores. Me saludaron y les invité a entrar. (Forman grupos.)

Dichos, Eva y Olga, por primera izquierda.

EVA—No tengas cuidado, hija mía. Todo se arreglará. ¡Ah!

CLOD.—Olga. Ven acá. (La presenta en voz baja al Coronel y oficialidad.)
CIR.—(A Eva.) Eva, ocurren cosas gravísimas.
EVA—¿Qué?
CIR.—Calla. (Habla bajo. Luego se dirige al grupo de Oficiales.)
GEN.—Oye, Berta. ¿No sabes? El Príncipe está enamorado de otra.
BER.—¿Qué me dices?
GEN.—Y no quiere a la Princesa.
BER.—Tiene gracia.
GEN.—¿Tú sabes algo?
BEP:—¿Yo? Absolutamente nada.
GEN.—¡Qué complicación!
COR.—Capitán. (Hablan en voz baja,)
CAP.—A la orden, mi coronel. (Sale por el fondo.)
CIR.—Admirable. Me parece muy bien. Tocateca, el coronel quiere que improvisemos una pequeña fiesta en honor de la bellísima Princesa.
GEN.—¡Bravo! ¡Bravísimo! ¿Y en qué consiste?
COR.—En cantos y bailes de las cantineras de nuestros regimientos.
CIR.—El Capitán salió a buscarlas.
COR.—La fiesta de los campamentos también se celebra esta noche y los soldados pasarán por aquí para saludar a Vuestras Majestades.
CIR.—¡Bravísimo!

Dichos, Capitán y ocho Cantineras de los Regimientos de Highlanders. (MÚSICA)

OFIC. La alegre canción
del buen escocés,
la alegre canción
esta es.
BER. La alegre canción
del buen escocés,
la alegre canción
también yo la sé.
En las montañas de Escocia
para su amor conseguir
al son de la cornamusa
cantan las niñas así.
Escocesa de trenzas de oro
que de amor abrasada te ves
cuando tengas el alma rendida
por un escocés,..
BER. Y OFIC. (Coro de señoras. Baile.)
No le mires con ojos de fuego,
no le digas palabras de amor,
no suspires para que te entien-
que hay algo mejor, [da
Niña de mi vida
que el amor buscando vas,
busca tu cariño
que por fin lo encontrarás.
Porque siendo gentil y graciosa
y teniendo mejillas de rosa
lograrás dulces besos de amor.
Verás, Verás.
no hay dicha mayor.
TODOS Galán escocés,
gentil militar,
tu amor dulce es,
¡ay! no dejes de amar.
BERTA. Niña de mi vida
sé a tu amante siempre fiel,
dale tu cariño
que su amor te dará él.
Porque siendo con él cariñosa
y tratándole siempre amorosa
lograrás verle loco de amor.
Verás..: verás...
no hay dicha mayor.
TODOS. Tralalá, tralalá.
Galán escocés,
gentil militar,
tu amor dulce es,
¡ay! no dejes de amar.
Galán escocés,
tus besos de amor
por siempre me dan
la dicha mejor.
Tralalá, tralalá.

HABLADO

COD.—Muy bien, muy bien.
CLR.—¡Bravo! ¡Bravo!
GIEN.—Invito a todos a una copa de champagne.
CLOD —Vamos. (Música piano y van desfilando todos izquierda. Sigue el diálogo.
CLOD.—Olga.
OLGA.—No, papá, me quedo aquí.
CLOD.—Lo que quieras. Eva... (Ofreciéndola el brazo.)
OLGA.—(A la Generala, rápido.) Necesito hablaros.

BERTA.—¿A mí?

CIR.—Generala, os ofrezco mi brazo.

BERTA.—Yo lo acepto... (Aparte.) Hablaré con ella. (Vanse.)

OLGA.—Sí. Estoy decidida. Sé que me rebajo hablando con esa mujer, pero antes que princesa soy una mujer enamorada. Si no accediera a mi ruego, si se negara... ¡Ah!, entonces, soy capaz hasta de llegar al escándalo, acusándola delante de todos. Sí. (Pausa.) Pero qué locura. No sé ni lo que digo. ¡Eso es imposible! Yo no tengo valor para hacer eso. ¡Ah! ¡Ella! (Aparece Generala.)

BERTA.—Aquí me tenéis. No dirá la princesa Olga que no acudo presurosa a su cita. Por Vuestra Alteza he dejado a todos. ¿Qué me queréis?

OLGA.—Necesito hablaros. Abriros mi corazón.

BERTA.—¿Qué decís?

OLGA.—Digo, que yo he venido aquí llena de alegría y en busca de la felicidad.

BERTA.—A casaros con el príncipe. Sí. A eso habéis venido.

OLGA.—A eso. Porque yo le amo. Le amo desde que siendo niños nos conocimos en la corte de mi padre. Pero el príncipe no me ama. Le soy indiferente. Y yo, sin embargo, a pesar de su indiferencia, le encuentro cada vez más digno de mi cariño. He buscado en mi imaginación el motivo de esta indiferencia que me hiere y no la encuentro, y quiero preguntároslo a vos.

BERTA.—¿A mí? ¿Por qué?

OLGA.—Sí, Generala.

BERTA.—No os comprendo.

OLGA.—Sí me comprendeis. Sed franca conmigo. Aquí no hay más que dos mujeres. El príncipe no me quiere, porque os ama.

BERTA.-¿Que me ama? No lo creáis. El príncipe es un niño. Una alocada mariposa, que en su revoloteo, no ha encontrado todavía la flor en que posarse.

OLGA.—Perdonad. Yo no entiendo vuestro lenguaje pero adivino lo que me queréis decir. Al príncipe le ha seducido vuestra elegancia, vuestra hermosura, porque hermosa lo sois, y os ama ciego con ese amor de los hombres, que no es amor del alma... Pero lo que yo quiero saber pronto, ahora mismo, es si vos le amáis.

BERTA—¿Yo? Princesa Olga... Yo no amo al Príncipe. Os lo juro. (Aparte.) Pobre Princesa!

OLGA—¿No sois mi rival?

BERTA—No... Al contrario... Soy vuestra amiga.

OLGA.—¡Oh! ¡Qué alegría! Pero no me engañeis, porque si me engañais, morirían mis ilusiones.

BERTA.—No os engaño. Yo no he podido impedir que el Príncipe... Los hombres son así. Pero ya veréis. En cuanto se fije en vos y comprenda la pureza de vuestro amor, la inocencia de vuestro corazón, caerá a vuestros pies rendido y olvidará las ilusiones que quizás se ha forjado, de un amor imposible.

OLGA.—¡Qué buena sois! Aunque a decir verdad, me habíais parecido todo lo contrario.

BERTA.—Por si alguna duda os queda yo misma me propongo daros la felicidad. Pero me habéis de obedecer en todo.

OLGA.—En todo. Porque de amor sabéis más que yo.

BERTA.—Pues dejadme. Confiad en mí y esperad tranquila la hora de vuestra dicha.

OLGA.—La espero. (Medio mutis y vuelve.) Permitidme. ¿Me queréis dar un beso, Berta?

BERTA.—A cambio de otro. (Se besan.)

OLGA.—Aun puedo ser feliz. (Vase primera.)

BERTA.—(Viéndola marchar.) Así era yo también. (Pausa. Anochece más.)

PÍO.— (Entrando.) Berta.

BERTA.—¡Ah! Príncipe!

PÍO.—¿En qué pensábais?

BERTA.—(Con coquetería.) Pensaba en vos.

PÍO.—¿En mí? (Con alegría.)

BERTA.—Pensaba en lo mal que os traté antes. En lo triste que os vi marchar, y ¿por qué no decirlo? deseaba volveros a ver para pediros perdón.

PÍO.—¿Perdón a mí, Berta? ¿A mí que os amo con locura, que me siento capaz por vos hasta de lo imposible?

BERTA.—Silencio. Pueden oirnos.

PÍO.—¿Qué me importa?

BERTA.—Por Dios, Príncipe, callad. (Le pone una mano en la boca que el Príncipe besa repetidas veces. Se hace de noche completa.)

GUA.—¡Qué calor! Está la noche como de Pampero. (Atraviesa la escena.)

PIO.—¡Berta mía!

GUA.—Rejinojo. ¡Otra vez! No sé como me las compongo, pero siempre estoy a toque de generala. (Vase rápido.)

BERTA.—Vamos, Príncipe, tened juicio.

PIO.—Lo pierdo a tu lado.

BERTA.—Pues es preciso tenerlo para...

PIO.—¿Para què? Habla.

BERTA.—No me atrevo.

PIO.—Habla.

BERTA.—Pues para luchar contra todos los que pretenden casarte con Olga robándome tu cariño.

PIO.—No lo conseguirán. Yo soy tuyo y tú eres mía. ¿No es cierto? ¿Para qué quiero trono ni fortuna, si tú lo eres todo para mí?

Dichos, Clodomiro V y Cirilo II se ocultan detrás de arbol primero izquierda

CIR.—(A Clodomiro.) ¡Ellos! No hay duda.

CLOD.—¿Sí? ¿Juntos?

BER.—¿Te atreverás a probar lo que acabas de decirme?

PÍO.—¿Y lo dudas, Berta?

BER.—Pues oye. Aquí la vida, nuestra felicidad, son imposibles.

PÍO.—Es verdad.

BER.—¡Qué dichosa sería lejos de todos, viviendo a tu lado!

PÍO.—Pues huyamos juntos. A todo estoy dispuesto si tú lo estás.

CIR.—(Aparte.) ¡Tocateca! Digo, Zapateta.

BER.—Sí.

PÍO.—Pues esta noche.

BER.—Esta nòche. A las nueve. Allí. En el *Petit Trianon.*

PÍO.—Allí estaré. ¡Qué inmensa es mi ventura, Berta!

BER.—Silencio. Ahora separémonos.

PÍO.—Sí. Hasta pronto. (El Príncipe por detrás del árbol y vase por la segunda.)

BER.—Hasta pronto. (Aparte.) Cayó en la red como un pajarillo.

Dicha, Clodomiro y Cirilo (dando la vuelta al árbol por la derecha.) MÚSICA

CIR. (En voz baja.)
¡Señora!
CLOD. ¡Señora!
LOS DOS. Parece mentira
que tenga una dama
tan poca aprensión.
CIR. ¡Señora!
CLOD. ¡Señora!
LOS DOS. El ver lo que vimos
nos llena, señora,
de estupefacción.
BER. ¡Señores! ¡Señores!
parece mentira
que puedan dos reyes
buscar la ocasión,
de estar así ocultos
celando a una dama
oyendo indiscretos
su conversación.
CIR. De manera que a mi Pío
que es un joven infeliz,
vuestro amor le ha trastorna-
[do...
BER. Puede ser que sí.
CLOD. De manera que a mi Olga
que a casarse vino aquí,
le queréis quitar el novio.
BER. Puede ser que sí.
LOS DOS. Tal desfachatez
yo jamás la ví.
BER. Yo soy como soy.

yo soy así.

CIR. De manera que esta noche
escapar quieres con el,
dando aquí esa campanada.

BER. Bien puede ser.

CLOD. Y al marido confiado
¿qué le va a decir la infiel,
que se marcha así con otro?...

BER. Ya lo pensaré.
Yo así nací,
yo así seré...
No sé por qué
yo soy así.

LOS DOS. Dice que es así,
sin saber por qué,
ella no lo sabe...
Yo sí que lo sé.

TERCETO

ELLOS. ¡Señora! ¡Señora!
parece mentira
que tenga una dama
tan poca aprensión.
Señora, señora.
el ver lo que vimos
nos llena, señora,
de estupefacción.

ELLA. ¡Señores! ¡Señores!
parece mentira
que puedan dos reyes,
buscar la ocasión,
de estar así ocultos
celando a una dama,
y oyendo indiscretos
su conversación.

HABLADO

BER.—Lo repito, señores, yo soy así. Pero convengamos en que Vuestras Majestades han estado bastante indiscretos, sorprendiendo una conversación particular, puramente particular. Pero en fin, ¡qué se le va a hacer! Han sorprendido mi secreto. ¡Qué horror! Pero no importa. Me escaparé. Que no se olvide, ¿eh? A las nueve en el *Petit Trianon*. ¡Qué lástima! ¡Yo que quería dar una sorpresa! ¡Paciencia! Otra vez será. Saludo a Cirilo II. Beso la mano a Clodomiro V, y lo repito, señores, yo soy así. ¡Ja, ja! Yo soy así... (Vase.)

CLOD.—(Se miran estupefactos. Pausa.) ¡Cirilo!

CIR.—¡Clodomiro!

CLOD.—Esta señora.

CIR.—(Dándole un apretón de manos.) Conformes. No hay discusión.

CLOD.—¿Pero, qué vamos a hacer?

CIR.—Eso digo yo.

CLOD.—Yo creo que hay que decírselo al marido.

CIR.—Y quien se lo dice. Y cómo se le dice.

CLOD.—Es verdad.

CIR.—Y hay que tomar una resolución pronta porque deben ser ya las ocho y media.

CLOD.—Bueno, sí. Pero vos podéis coger a vuestro hijo.

CIR.—Sí. Yo sí lo puedo coger... pero él se me puede escapar.

CLOD.—Basta. Mi dignidad de rey no permite que yo me mezcle en estos asuntos. Ahora mismo pido el automóvil y salgo para Londres con la Princesa

CIR.—¡Carambita! Eso no. Pensadlo bien. Eso no. La felicidad de vuestra hija

CLOD.—Pero si vuestro hijo no la quiere.

CIR.—¿Cómo que no la quiere? Digo no sé lo que me digo. Adiós, trono adiós empréstito y adiós mi dinero.

GEN.—(Entrando.) ¡Pero señores!

CIR.—¡Tocateca!

CLOD.—El General.

GEN.—Pero cómo aquí, tan retirados y a oscuras.

CLOD.—Ahí veréis.

CIR.—¡Ah! pero estamos a oscuras... Qué hemos de estar a oscuras.

GEN.—He salido a despedir a la oficialidad y todos querían que fuésemos al campamento. Si Vuestras Majestades quieren que vayamos para regresar con ellos en la retreta.

CLOD.—No. (Se pasea agitado.)

CIR.—¿Para qué? (El mismo juego.)

GEN.—Lo que gusten. Pero les noto mucha agitación. ¿Pero qué ocurre ¡Ah! Ya no me acordaba. ¿Habéis averiguado algo? ¿Se sabe algo?

CIR.—Sí, señor. Se sabe. Se sabe todo. Absolutamente todo.
CLOD.—(Llamando la atención a Cirilo,) Cirilo.
CIR.—(Aparte a Clodomiro.) Aquí hay que jugarse la cabeza.
CLOD.—La nuestra, bien. Pero la de este...
CIR.—Todas. (La luna empieza a iluminar el fondo y riela en el lago.)
GEN.—¿Pero que les pasa?
CIR.—Mi general, ¿qué hora es?
GEN.-(Sacando el reloj yendo hacia el fondo para mirarlo.) Las nueve menos cinco.
CLOD.—Las nueve.
CIR.—Menos cinco. Tocateca.
GEN.—¿Qué?
CIR.—Vais a prestar esta noche un servicio señaladísimo a la Corte de Espartanopia y al rey cesante de Molavia.
GEN.—¿Qué hay que hacer? Yo soy esclavo de Vuestras Majestades, como general y como particular.
CIR.—Es como hombre.
GEN.—Mande Vuestra Majestad.
CIR.—Bueno... Pues mando.
CLOD.—Pero Cirilo...
CIR.—Cállate, primo. Venid acá, mi querido General. Vais a colocaros allí en el *Petit Trianon* y vais a esperar.
GEN.—¿A quién?
CIR.—Vais a esperar... Venid. (Va hacia el Trianon.) Vais a esperar aquí y en cuanto den las nueve, minuto más, minuto menos, recibiréis una gran sorpresa. Vamos, Clodomiro.
CLOD.—Sois el diablo,
CIR.—Es la única manera de decírselo. Que lo vea.
CLOD.—Vamos en busca de la reina. (Vanse por el fondo izquierda.)
GEN.—Esto debe ser una bromita de los reyes... Como si lo viera.

Tocateca en el Trianon. La luna ilumina ya el Petit Trianon y la figura de Tocateca. MÚSICA
(El Príncipe sale, da la vuelta al arbol, y va a dirigirse al Petit Trianon.

PÍO Llegó la hora
de mi ventura.
¿Pero qué es esto?
¡El General!

(Viéndole en el Trianon. Atraviesa la escena y se esconde entre los árboles.)
Dichos y por la primera izquierda Berta.

BERTA. (Con burla.) Sin duda el príncipe
para robarme
donde le dije
me espera ya.
¿A ver? ¿Qué miro?
Mi esposo allí.
De Cirilo y Clodomiro,
de los dos, es este ardid.

PÍO. ¡Berta! ¡Tu esposo!
BERTA. Vete... Después.
En mí confía.
PÍO. Sí... Volveré.

Vase. Preludia la orquesta el motivo de «Es un muñeco de arlequín», etc., etc., mientras la Generala se dirige al Trianon.)

BERTA. Querido esposo,
tú en el Trianon.
GEN. Estoy cumpliendo
mi obligación.
Una broma de los reyes,
se conoce que esto es;
me dijeron que esperase,
que esperara a no sé quién.
BERTA. Pues a mí
y aquí estoy ya;
dame tu brazo, (Dándoselo.)
mi General.
Con tantos reyes
y tanto honor,
nos olvidamos
de nuestro amor. (Vanse.) Olga, envuelta en largo abrigo con pieles.)
OLGA. ¡Tiemblo y dudo! Me da miedo,
pero amor me hace valiente.
Berta... dijo... nada temas.
¿Por qué dudo? Voy a verle.
PÍO. (Viendo la figura de Olga vuelta de espaldas.) ¡Por fin llegó a esperarme!
¡Mi bien!
OLGA. ¡Príncipe!
PÍO ¿Qué?
¡No es ella! Es la Princesa.
¿Por qué aquí estáis? ¿Por qué?
OLGA Una noche tranquila de luna,
anhelaba mi pecho gozar

y buscando salí del castillo,
de la noche callada la paz.

PÍO. (Aparte.) Me engaña o es Berta
la que me engañó,
de acuerdo con ella,
su puesto ocupó.

(La luna iluminará el banco donde se sentará la Princesa cuando se indique.)

OLGA. No hay duda, sospecha.

PÍO. Me han hecho traición.

OLGA. Venir fué locura.

PÍO. Fué falso su amor.

OLGA. Qué bella noche,
todo silencio,
duermen las aves,
duerme la flor.
Para las almas
enamoradas,
qué bella noche
para el amor.

PÍO Noche tranquila
para un amante,
callada noche,
decís verdad.
La blanca luna,
su dulce ambiente,
todo de amores
hablando está.

OLGA Yo hablo del amor
sin saber por qué.
yo no sé,
si es dicha o dolor.

PÍO Es pesar, es sufrir,
engañar y mentir,
padecer y llorar,
y de rabia morir.

OLGA Yo me figuraba
que amor sólo era
un sueño inocente
soñado por dos.

(El Príncipe va acercándose hacia el banco.) Dos enamorados
con un pensamiento,
así mi alma pura
soñaba el amor.

PÍO. (Sentándose.) Es verdad,
dices bien.
El amor,
ese es.
Y es verdad, ese es
el amor casto y puro;
es verdad, ese es
el amor más seguro.
No es pesar, ni sufrir,
ni engañar, ni mentir,
es reir, es gozar,
es placer, es vivir.
Este es el amor...
¿Lloras, y por qué?

OLGA. Yo no sé...
si es dicha o dolor.

LOS DOS Qué bella noche.
todo silencio.

(Van saliendo Generala y Tocateca, Clodomiro, Cirilo y Eva avanzando lentamente.)

Duermen las aves,
duerme la flor.
Para las almas
enamoradas,
qué bella noche
para el amor.

Dichos y los personajes indicados (HABLADO)

CLOD.—¡Juntos!

EVA—¡Enamorados!

CIR.—¡Abrazados!

BERTA—Sí, señores.

TODOS—¡La Generala!

BERTA—Sí, señores. El Príncipe y la Princesa se aman. Y esto era la sorpresa que preparaba a Sus Majestades.

GEN.—¿Era esta?

CIR.—Sí, General. Esta era la sorpresa. ¿Pero me queréis explicar?...

(MÚSICA) BERTA. Es un muñeco Arlequín—un muñequito de cartón...

GUA.—(Saliendo. Hablado.) Mi general. La retreta.

Aparecen por el fondo Oficiales, Coronel, Capitán y soldados de los regimientos con picas y faroles encendidos. Cantineras, etc. Servidumbre que salen por las laterales.

CORO Toquen retreta los clarines
toquen retreta las cornetas
y entre las sombras de la noche
luzca brillante la corneta
Suene el clarín,
suene el tambor,
y a los acordes de la retreta
marcial desfile el batallón
¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!

TELÓN RÁPIDO

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

¡EUREKA!

Buen humor, por la comodidad.
Economía, por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, núm. 11.—MADRID

Depurador higiénico y rápido

"ARSO"

CARDENAL CISNEROS, 28.-MADRID

LA NOVELA CORTA

después de haber puesto a las clases populares en contacto con nuestros prosistas más conocidos, para **complementar su apostolado de divulgación literaria,** va a rendir un tributo a la

MEMORIA

de los más ilustres novelistas españoles del siglo XIX, publicando de cada uno de ellos **una sola obra** en el siguiente orden, teniendo presente las escuelas:

NOVELA ROMÁNTICA

Larra.—Espronceda.—Patricio de la Escosura.-Martinez de la Rosa.-Enrique Gil.-Fernández y González.--Ortega y Frías.--Harzembusch.--Gertrudis G. Avellaneda.—Pastor Díaz.—Aiguals de Izco.—Navarrete.—Pérez Escrich.—Pilar Sinués.
Selgas.--Alarcón.--Arturo Reyes.

NOVELA HISTÓRICA

F. Patxot.—Cánovas.-Vicceto.--Balaguer.--Navarro Villoslada.—Amós de Escalante.—Castelar.

NOVELA NATURALISTA

Fernán Caballero.-Miguel de los Santos Alvarez.--El Solitario.--Mesonero Romanos.--Pereda.-Valera.--Clarín.-

También rendiremos un homenaje a la memoria de nuestros grandes escritores y poetas.

POETAS

Zorrílla.--Trueba.-Becquer.-Carolina Coronado.

ESCRITORES

Ganivet.--Silverio Lanza.--Taboada.-Eusebio Blasco.--Alejandro Sawa

Para hacer más eficaz nuestra obra cultural, estas grandes novelas extractadas irán precedidas de semblanzas literarias escritas expresamente para esta revista por la Condesa de Pardo Bazán, Rodríguez Marín. Azorín, Manuel Bueno y Cristobal de Castro.

Estos números HOMENAJE serán extraordinarios y se publicarán alternados con los números corrientes de nuestros actuales colaboradores.

Si está usted disgustado con la lámpara que utiliza, pruebe la *OSRAM* y no gastará otra.

Precio actual de la lámpara *OSRAM* para voltajes corrientes, de 5 a 50 bujías: *PTAS. 2,25*

CONCESIONARIO
LEON ORNSTEIN

MARIANA PINEDA, 5.
MADRID

Oficinas y Talleres de PRENSA POPULAR propietaria de La Novela Corta, La Novela Teatral y Prisa. Antonio Palomino, núm. 1, y Calvo Asensio, núm. 3.—MADRID.